

Rubén Vega García

Héctor González Pérez

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Fundación
JUAN MUÑOZ ZAPICO

CCOO

Comisiones Obreras de Asturias
Comisiones Obreras d'Asturies

TREA

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE

Anita Sirgo

INSTINTO DE CLASE



Rubén Vega García

Héctor González Pérez

EDICIONES TREA
FUNDACIÓN JUAN MUÑIZ ZAPICO

Esta obra ha recibido una subvención de las destinadas a actividades relacionadas con la recuperación de la Memoria Democrática y las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura, convocada por el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática (2023).



Primera edición: diciembre de 2024

© Rubén Vega García y Héctor González Pérez, 2024

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L. y Fundación Juan Muñiz Zapico

Ediciones Trea, S. L.

Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D

33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

D. L.: AS 03297-2024

ISBN: 978-84-10263-82-6

Impreso en España. Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Interpretar la historia de las mujeres como una historia de victimización no mitigada, como si todo lo anterior a 1970 fuera prehistoria femenina, puede ser útil para entablar buenas polémicas. Pero no puede decirse que sea elogioso para las mujeres. Esa idea me la quitaron de la cabeza en los comienzos de mi carrera de tutor de adultos, cuando estaba hablando con una clase de la Asociación Educativa Obrera en una ciudad con mercado del norte de Lincolnshire y con elocuencia condescendiente me puse a hablar de la opresión de las mujeres. Una lugareña de edad avanzada, autodidacta, de expresión penetrante y rostro curtido por la intemperie se puso tensa y finalmente me espetó: «Nosotras, las mujeres, conocíamos nuestros derechos, ¿sabe usted? Sabíamos lo que nos correspondía». Y, lleno de turbación, me di cuenta de que mi énfasis de inexperto en la mujer como víctima había sentado como un insulto a aquella señora y a otras que me estaban escuchando. Me hicieron saber que las mujeres trabajadoras habían creado sus propios espacios culturales, disponían de medios para hacer que se cumpliesen sus normas y se encargaban de que se les diera lo que «les correspondía». Puede que lo que les correspondía no fuesen los «derechos» de hoy, pero las mujeres no eran sujetos pasivos de la historia.

E. P. THOMPSON: *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*, Madrid: Capitán Swing, 2019, p. 596

Agradecimientos

Los autores quieren expresar su más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible que el presente libro vea la luz. A toda la familia de Anita por haberse prestado de tan buena gana a colaborar. A Carlos Gordon, Irene Díaz, Daniel Sierra y Luke Bowe, compañeros que no figuran como autores, pero que han contribuido a que pudiéramos llevar a término el proyecto. A Rosa Calvo por arrojar luz sobre algunos pasajes confusos de la infancia de Anita. A Daniel Hernández y Laura Llamas por facilitar las visitas a los archivos madrileños. A Erundina Gutiérrez, Asunción Naves, Pedro Alberto Marcos, Alberto Vázquez, Alex Zapico, Eduardo Blanco y Xose Ambás por sus fotografías. A Benigno Delmiro y Fernando Bello por sus aportaciones y pesquisas. A todas las personas que dedicaron su tiempo a compartir sus experiencias y recuerdos y se prestaron a ser entrevistadas. A Ediciones Trea, CC. OO. y la Fundación Juan Muñiz Zapico por aguantar estoicamente los sucesivos retrasos que ha sufrido esta biografía y cuya única responsabilidad recae en los autores de estas líneas.

Índice

Abreviaturas y siglas	13
1. El nombre es suficiente	15
2. La rapacina que era enlace	17
3. Nita y Fonso. Los perrucos	37
4. Torturadas y rapadas. De la calle Dorado a la resonancia internacional ...	53
5. De exilios y encierros. Volver por la familia, luchar por la democracia	79
6. Siempre echando una mano: «¡Luchay! que va a venir gorda»	111
7. Simplemente Anita: el referente para las nuevas generaciones	133
8. Tal como era	155
9. Epílogo: ¿Para qué sirve la historia?	167
10. Post scriptum	171
11. Anexos	173
12. Fuentes y bibliografía	213

Abreviaturas y siglas

AFA	Asociación Feminista de Asturias
AP	Alianza Popular
CC. OO.	Comisiones Obreras
CDS	Centro Democrático y Social
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
JOC	Juventud Obrera Cristiana
FAMYR	Federación Asturiana de Memoria y República
FSA	Federación Socialista Asturiana
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
HUNOSA	Hulleras del Norte Sociedad Anónima
IU	Izquierda Unida
MDM	Movimiento Democrático de Mujeres
NMU	National Miners Union
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
PCA	Partido Comunista de Asturias
PCE	Partido Comunista de España
PCF	Partido Comunista de Francia
PP	Partido Popular
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PTE	Partido del Trabajo de España
RDA	República Democrática de Alemania
SMRA	San Martín del Rey Aurelio
SOMA	Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias
SUM	Sindicato Único Minero
TOP	Tribunal de Orden Público
UCD	Unión de Centro Democrático
UMWA	United Mine Workers of América
UGT	Unión General de Trabajadores
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USO	Unión Sindical Obrera

Informe sobre Anita Sirgo Suárez. Septiembre de 1963

ANITA SIRGO SUÁREZ

Nació en El Camporro-Lada-Langreo (Oviedo) el día 15 de diciembre de 1930, es hija de Avelino y Anita, de estado casada, profesión sus labores, vecina de Lada-Langreo, viviendas protegidas C7C, num. 6-1.º izquierda.

ANTECEDENTES

Es persona de buena conducta moral y privada, mala en la pública y religiosa. Políticamente si bien debido a su corta edad antes y durante el G. M. N. carecía de antecedentes, siempre se la consideró de ideas izquierdistas, mostrándose en sus conversaciones contraía al régimen actual, haciendo intensa propaganda públicamente en favor del partido comunista. Durante los primeros días de la segunda quincena del mes de marzo de 1961, en unión de un hermano llamado Avelino, recogió varios pliegos de firmas en papel de barba, y al ser interrogada sobre tal fin, manifestó que por mandato de su esposo Alfonso Braña Castaño, que cumplía dos años de condena en el Penal Central de Burgos por actividades clandestinas del partido comunista, había recogido varias firmas por las localidades de La Felguera, Lada y Sama, hasta completar en unión de su hermano cinco pliegos, los cuales y por correo en sobre cerrado —según propia manifestación— mandó dirigido al Sr. Ministro de Justicia; dijo también que a los firmantes les hacía saber que las firmas recogidas eran pidiendo la libertad de presos políticos y en favor de la amnistía. Se tuvo conocimiento que la informada al encontrar algunas personas que le manifestaron no querer firmar, les amenazaba diciéndoles que algún día les pesaría.

En los conflictos huelguísticos ocurridos en la cuenca del Nalón en los meses de abril y mayo, y agosto y septiembre de 1962, desde los primeros instantes de iniciarse los mismos, salió en un coche por las barriadas de la Joécara de sama, Ciaño, El Entrego y El Serrallo de Sotrondio, avisando a las mujeres para que salieran a la calle impidiendo la entrada al trabajo a los productores que querían realizarlo. También se sabe que encabezó una manifestación de mujeres en la barriada de Lada, en unión de Constantina Pérez Martínez, dirigiéndose ambas a la cabeza de un grupo, al pozo de El Fondón para impedir que fueran a trabajar, lanzando piedras a los mineros e insultándoles, llamándoles esquirolas. Con fecha 14 de Mayo de 1963, en unión de varias mujeres más, se presentó en el Regimiento de Infantería Milán de guarnición en Oviedo, donde asistieron al Consejo de Guerra celebrado contra el peligroso político EDUARDO RINCÓN GARCÍA, Jefe que fue del partido comunista para Asturias con residencia en Francia, y durante éste y en plena Sala, se dedicaron desde los asientos que ocupaban a lanzar besos al procesado como muestra de simpatía y aliento; cuyo procesado se había internado clandestinamente y con documentación falsificada en España. Una vez finalizado el Consejo, se reunieron

en un bar de dicha Capital, donde hicieron comentario de crítica hacia el Gobierno y Tribunales Militares. Con fecha 31 de agosto de 1963, fue detenida en unión de Constantina Pérez Martínez, porque ambas pretendían reunir a otras mujeres con objeto de impedir a los productores mineros, se dirigieran a sus trabajos, siendo puesta a disposición del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia.

Sus padres pertenecían al partido comunista. El padre durante la dominación roja en Asturias, desempeñó el cargo de Capitán del Ejército marxista, cometiendo toda clase de desmanes con las personas de orden y de derechas; al ser liberada esta provincia huyó al monte actuando de bandolero en las zonas de Langreo y Mieres en encuentro con fuerzas de Orden Público. La madre es de avanzadas ideas comunistas y en sus manifestaciones hace alarde de las mismas, y en contra del régimen.

La epigrafiada está considerada como «PELIGROSA POLÍTICA».

Oviedo, septiembre de 1963

[Archivo Histórico de Asturias. Sección Gobierno Civil. Reproducido en Francisco Erice (coord.): *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón: Trea, 1996, p. 556]

Intervención de Anita Sirgo en el VII Congreso del PCE

Camarada Mercedes Zapico: Camaradas, me siento muy emocionada por haber sido elegida por el Partido para representar a las mujeres asturianas en este congreso.

Empezaré diciendo que la mujer asturiana viene jugando hoy un papel de gran importancia en las luchas, siendo en muchas ocasiones un factor importante para la continuidad de las mismas elevando la moral de los huelguistas. En muchas ocasiones tenemos que enfrentarnos a los vacilantes que la policía logra amedrentar y con algunos esquirols que como es natural siempre surgen obligándoles a dar vuelta para casa tanto a unos como a otros.

No puedo dejar de señalar algunas acciones como ejemplo de nuestra lucha. Donde con mayor fuerza juega un papel la mujer es a partir de las huelgas del 62. Es bien conocida la manifestación de Sotrondio con el paro de la circulación de los autobuses y enfrentamiento a la fuerza pública que trataba de obligar a los obreros a regresar al trabajo. Desde luego que eso fue una cosa emocionante.

En Sama y en La Felguera las mujeres salieron a la calles para tornar a los esquirols ¿Cómo se organizaron las mujeres para esta acción? Un grupo de mujeres se pusieron a la tarea de ir puerta por puerta avisando para salir a la calle al día siguiente.

La verdad es que las mujeres asturianas cuando surge una huelga los hombres no comen porque las mujeres no paran en casa. No para en casa, no hacen ni una cama por salir a la calle y ver qué es lo que hablan los mineros.

Un día ese grupo de mujeres sintieron hablar a los hombres, estaban que los llevaba el demonio porque al día siguiente iban a ir a trabajar cuatro esquirols —se puede decir cuatro desgraciados— y esos eran los que iban a romper la huelga. Entonces ese grupo de mujeres se organizaron para ir puerta por puerta buscando mujeres para el día siguiente ir a tornar los esquirols. Efectivamente, costaba mucho trabajo. No porque las mujeres lo veían mal, por el miedo de los palos de la policía.

Íbamos a la puerta y la mujer nos preguntaba que cuántas éramos. La verdad es que era la primera, pero para poderla conseguir teníamos que decir que éramos treinta. Después íbamos a la segunda y la misma pregunta, y le decíamos que teníamos sesenta. Y así pudimos organizar un número muy grande de mujeres. Quedamos de acuerdo en que a las seis y media había que estar en tal sitio en medio de la carretera. Aquellas mujeres quedaron de acuerdo y, efectivamente, a las seis y media de la mañana estaban como un clavo esperando en la carretera todas armadas. No creer que con ametralladoras. Era un tocho, un tocho es un palo. Un tocho, los bolsos llenos de piedras, de maíz. Efectivamente allí se pusieron en medio de la carretera.

Ese grupo de mujeres tenía desconfianza de las demás mujeres y se levantaron a las cinco de la mañana para tocar los timbres y no dieron la disculpa que se habían dormido, para que no fallase esa manifestación de mujeres. Así se hizo.

Allí se estuvieron esperando cuando se ven venir un grupo de esquirols. Ellos al ver aquellas mujeres con aquel tocho en la mano iban muertos de vergüenza y no supieron contestar cuando les preguntaron las mujeres que a dónde iban, agacharon la cabeza y no dijeron nada. Las mujeres les dijeron: a casa, no sabéis dónde están vuestros compañeros.

Ellos dieron la vuelta como corderinos y ellos mismos, según iban dando la vuelta, a los otros esquirols que encontraban les decían: no vos acercar, dar la vuelta que hay un grupo de mujeres allí que os rompen el alma. Entonces, efectivamente, enseguida llegó una pareja de la guardia civil y al momento dio una señal de alto. No sé por dónde, cómo llegaron allí camiones de la policía secreta, llegaban como mosquitos, nos cogieron y nos llevaron detrás de una cuadra, una cuadra detrás de la mina y no se atrevieron a pasarnos por medio Sama. Allí nos tuvieron desde las siete de la mañana hasta las nueve de la mañana, pero nosotros con eso y todo, vimos que pasaba uno que parecía que iba a trabajar y empezamos todas a gritar: esquirol, da la vuelta. Aquellos trataron de empujarnos pero nosotros nada. Entonces llega allí el famoso Pérez, Sevilla y Franco y le pegaron a una, y dicen: todas para casa menos dos. Las mujeres gritamos diciendo: o todas o ninguna. Como veían que estábamos rebeldes no se atrevieron a detener a esas dos mujeres, nos mandaron a todas para casa.

Así se organizaron comisiones para pedir la libertad de los detenidos y protestas para los torturados al Obispo, al Gobernador, al Colegio de Abogados, al Colegio de Médicos.

No es menor por su importancia y responsabilidad el trabajo de repartir el dinero que el Partido manda para la ayuda de los huelguistas. La vigilancia de la policía, el cambiar el dinero, el meterlo por las puertas. Pero había que hacerlo porque daba gran moral a los mineros.

En todos los momentos de lucha de los obreros, estábamos presentes las mujeres para prestar nuestro apoyo como lo demuestra la reciente manifestación de Mieres. Centenares de mujeres gritaban con los manifestantes: democracia, libertad sindical, derecho de huelga. Ellas ayudaron a rescatar a los detenidos hasta lanzando el zapato. Eso es verdad que aquello fue una cosa emocionante a pesar de los palos que se estaban dando.

Las mujeres que ven que detienen a dos se lanzaron a la puerta de la comisaría diciendo: camaradas, nos detuvieron a dos, adelante a la comisaría. Lanzaron un zapato a un chulo de policía y empezaron a romper cristales y era gloria ver volar los gorros de los policías, era interesante ver como se tapaban con la chaqueta por huir de los manifestantes, aquello era una cosa emocionante de verdad, muy interesante aunque sangraban, pero ellos también llevaban la cara como botes.

No es menos importante y responsable librar el trabajo —estoy muy emocionada—.

En Sama y en La Felguera las mujeres estábamos en primera fila y nos adueñamos de la sindical.

Tengo que destacar la valiente actitud de Tina y su hija.

La verdad es que aquello era un número muy grande de manifestantes. Estaban delante de la sindical pero no se decidían a subir las escaleras. Entonces, estas dos valientes mujeres levantaron la voz y decían: qué hacéis ahí, adelante que esta es nuestra casa.

Empezaron a desfilar manifestantes por aquellas escaleras arriba, claro que no cogían y la mitad quedaron fuera. Había una mujer que estaba fregando las escaleras y le pedimos que nos abriese la puerta de la oficina de la sindical. Aquella mujer temblando decía que no podía abrir la puerta. La cogimos y le dijimos: o abres la puerta o la tiramos. Ella muerta de miedo nos abrió la puerta.

Aquello fue la caraba. Se tiró el teléfono que tenían encima de la mesa, se abrió la ventana y gritábamos: libertad sindical, derecho a huelga, democracia, trabajo para los despedidos. Aquello era una cosa espantosa, temblaba aquella casa.

La policía secreta estaba muerta de miedo abajo, no se decidieron a meterse con los colocando de escalón en escalón arrimados a la pared y tenían el tolete en esa dirección.

Unos arriba y otros colocados en las escaleras empezaron a dar toletazos a las mujeres según se bajaba. Venga a dar toletazos, pero las mujeres también se batían aunque no traían armas, con zapatos, a puñetazos. Entonces es cuando la policía secreta se atrevió a meterse, primero no se atrevían, tuvieron que esperar la ayuda de los otros que vinieron. Fue cuando cogieron a estas dos valientes mujeres.

Después de lo explicado, vemos que han hecho el montaje más canallesco para procesar por lo militar, en venganza y desarrollando el odio que las tienen. En el acto más criminal arrancaron a Blanquita de los brazos de su madre, cuando ésta en su grave enfermedad más la necesita. Hoy se ve rodeada del cariño y simpatía de todo el pueblo. Las mujeres responden con gran solidaridad, pero creo que esto es poco para llenar el hueco de su valiente hija. Creo que debían hacer algo más para que su hija sea puesta en libertad para atender a su madre.

Las mujeres no solo juegan un gran papel en la huelga. En el proceso de su preparación se recogen firmas reclamando a los deportados. Cuando se ve el ambiente de huelga se almacena comida y se hace agitación en las poblaciones.

Estos ejemplos no reflejan el papel que las mujeres podíamos jugar. Requerir una mayor ayuda del Partido, mucha responsabilidad, pero aún hay desconfianza para encuadrarnos en una célula y asumir puestos responsables con igual derecho que los hombres. Y creo que nuestro valor podría ser positivo tanto en lo que se refiere a la organización de las mujeres, como en la lucha para derrocar la odiada dictadura del general Franco.

Después de oír el informe del camarada Carrillo, el cual nos brinda muchas posibilidades para la acción de la política del Partido, para tareas muy concretas. Estoy segura de que las mujeres pueden y deben jugar un gran papel en la lucha por la democracia en nuestro país.

La carestía brinda grandes posibilidades, ya que la situación se hace asfixiante

para las amas de casa. No creo que sería difícil organizar una manifestación de protesta en un mercado, para ello valdría la decisión de tres o cuatro mujeres que tiraran un cesto de tomates.

Otra acción muy importante sería el pedir escuelas, garantías para el estudio de nuestros hijos, casas, cunas y una mejora en la seguridad social.

Yo para terminar pido a las organizaciones del Partido una fiel interpretación del informe, lo que permitiría presentarnos una mayor ayuda en todas las provincias, seguros de que así aportaríamos un mayor apoyo a la justa lucha por las libertades democráticas de nuestro pueblo.

¡Viva el VII Congreso del Partido Comunista de España!

[AHPCE, Actas VII Congreso, noviembre 1965, pp. 311-315]

Versos para Anita³⁹⁴

¡Anita! Qué grande eres, no lo digo por tu estatura, sino por tu corazón.

Para mí, tú serás siempre, la Pasionaria del Nalón.

¡Anita! Estuviste presa, «qué injusto fue el dictador»

Pues tu único delito fue ayudar al trabajador.

Tu lucha no fue en vano, tus sacrificios tampoco pues gracias a gente como tú,
hoy gozamos de libertad y de unos derechos, que lágrimas y sudor costaron.

Gracias, Anita, gracias en nombre de todas y todos los demócratas.

Gracias por ser tan valientes, juventud del 62.

¡Anita! «Al final el pelo creció». Pero la dignidad del cobarde, no.

³⁹⁴ Este texto, cuyo original está mecanografiado en mayúsculas, figura, sin más elementos identificativos, entre los papeles que guardaba Anita en su casa. Tanto la autoría como el origen nos son desconocidos, pero, con casi toda seguridad, están relacionados con alguno de los homenajes recibidos a principios del siglo XXI.

Liderazgos femeninos en comunidades mineras

La minería ha aparecido, siempre y en todas partes, como una actividad marcadamente masculina. Por la composición de la fuerza laboral, la actividad minera ha generado sociedades que han tendido a basarse en los roles de hombres ganadores de pan y mujeres amas de casa. Por el vigor de las organizaciones sindicales y de las luchas obreras, ha producido a menudo dirigentes masculinos de amplia resonancia. En este contexto, las mujeres han tendido a ser invisibilizadas.

En torno a la minería se han generado poderosos arquetipos de clase y de género. En innumerables ocasiones, la imagen de los mineros se ha ligado a la lucha obrera y ha estado también asociada a una idea de masculinidad. Esta doble dimensión, no exenta de conexiones tanto subliminales como explícitas, ha ocultado a menudo el papel esencial que las mujeres han desempeñado en la construcción de la solidaridad, el sostenimiento de las luchas, la transmisión de la memoria y la defensa de valores; campos de batalla donde el prejuicio ha hecho que, de forma equivocada, fueran vistas como subsidiarias respecto a sus padres, maridos o hijos.

La clase ha solido emerger como el factor primordial de identidad y ha eclipsado cualquier otra dimensión, tanto en la percepción que tenían de sí mismos como en las miradas que se les han dirigido desde fuera. No es, obviamente, una característica peculiar de las comunidades mineras pero cabe afirmar que en ellas se han producido a menudo articulaciones peculiares entre la clase y el género. Bajo la aplastante masculinidad aparente subyacían el vigor y la valentía de mujeres que tomaban su energía de aquellos elementos que parecían subordinarlas: su condición de esposas, madres, amas de casa. Apoyadas en la cultura de clase, han conseguido muchas veces afirmarse en los roles tradicionales para transgredirlos ampliamente. Se trata de un inestable equilibrio entre la paradoja de aceptar el modelo patriarcal y desafiarlo al mismo tiempo a través de su irrupción en el espacio público, la acción colectiva y la reivindicación.

Las figuras de mujeres de cuencas mineras que ejercen como auténticos pilares de la cohesión comunitaria, la resistencia y las reivindicaciones son frecuentes en espacios geográficamente distantes y en contextos históricos también alejados. Si en el día a día, las mujeres resultan fundamentales en el sostenimiento de la vida familiar y las redes sociales, en los momentos de adversidad se convierten en piezas decisivas de la lucha. Y es justamente en estas situaciones cuando los roles tradicionales de género, en apariencia tan firmemente asentados, son puestos en cuestión por la energía y determinación de mujeres que hablan con voz propia y que, apoyándose en una cultura militante y solidaria que comparten con los hombres, adquieren autonomía y se erigen en sujetos sociopolíticos de fuerte personalidad. Esa es la historia magníficamente relatada en el cine por la película *La Sal de la Tierra* (H. Biberman, 1954). Tal como describe el film en la ficción y se constata en la realidad, a menudo el proceso parte desde la acción y acaba por transformar la conciencia. El feminismo

no está en el origen ni es necesariamente el resultado, pero el empoderamiento de las mujeres a través de la lucha surte efectos profundos sobre las situaciones de partida, ya sea en el ámbito público o en el doméstico.

El protagonismo de las mujeres en conflictos mineros queda acreditado en una larga secuencia de episodios que recorren el tiempo y atraviesan continentes sin perder denominadores comunes. Pero los liderazgos femeninos se constatan también en otros planos referidos a la preservación de la cultura, las mejoras sociales, la reivindicación de sus derechos laborales como mujeres o la creación literaria y artística. En ocasiones, los liderazgos de estas mujeres han trascendido los límites de las cuencas mineras para alcanzar dimensiones nacionales o incluso internacionales, sin que haya desaparecido en ellas el ADN de su procedencia minera.

Para constatar estos procesos de liderazgo femenino en comunidades mineras hemos buscado ejemplos muy alejados geográfica y temporalmente, recogiendo sus voces para escuchar su testimonio de primera mano. Mujeres de distintos países, que se han desenvuelto en marcos sociales y políticos y en contextos históricos muy dispares, pero entre las cuales pueden ser hallados denominadores comunes en su papel de liderazgo comunitario y su enraizamiento en la minería.

Semblanza biográfica de Ana Sirgo Suárez en la exposición: Liderazgos Femeninos en Comunidades Mineras

ANITA

ASTURIAS

Anita Sirgo Suárez

(Langreo, Asturias, España, 1930)

Anita Sirgo se hizo, junto a Constantina Pérez, mundialmente famosa en 1963, cuando su nombre circuló en un manifiesto de intelectuales que denunciaba las torturas perpetradas en el transcurso de la huelga minera de ese año. Aquel sería, no obstante, tan sólo uno de los episodios, entre muchos, que jalonan su vida militante. Niña de la guerra evacuada a Barcelona en 1937 y acogida tras el final de la contienda por unos parientes, mientras su padre permanece en el monte y su madre en un campo de concentración, la dura supervivencia la privó de escuela y la hizo desempeñar múltiples trabajos. Involucrada desde muy joven en el apoyo a los guerrilleros, comparte luego militancia comunista con su marido, Alfonso Braña.

Muy activa en el apoyo a huelgas, la recogida de solidaridad con represaliados y todo tipo de movilizaciones, durante la dictadura formó parte de piquetes de mujeres; recogió víveres y ayudas para presos políticos, deportados y despedidos; se entrevistó con autoridades civiles y eclesiásticas; recogió firmas por la amnistía; se encerró en la catedral de Oviedo y en el Palacio Arzobispal; repartió propaganda; acogió dirigentes clandestinos en su casa. Fue torturada y rapada durante la huelga de 1963. Sufrió prisión y pasó algún tiempo exiliada, siempre para reincorporarse de inmediato a la lucha. También fue activa en las asociaciones de vecinos y amas de casa.

A día de hoy se mantiene fiel a sus ideas comunistas y a su compromiso solidario con cuantas causas requieren su apoyo. Su trayectoria vital y su extraordinaria energía la han convertido en un referente obligado de un tipo de mujer comprometida y luchadora que, sin desafiar los roles tradicionales de esposa y madre de clase obrera, los ha transgredido y trascendido ampliamente.

Anita Sirgo: un lugar en el mundo

Hay personas que atesoran tal trayectoria que basta pronunciar su nombre para reconocerlas. En la cuenca del Nalón sólo hace falta decir *Anita* para saber de quién se habla. No son precisas más señas. Todo el mundo conoce a Anita, todos saben quién es y a qué dedicó su vida. Para mucha gente forma parte de un paisaje vital. Anita siempre estuvo ahí, al pie del cañón, como una referencia fija, infatigable, inquebrantable.

La vida de Ana Sirgo Suárez, que hoy, 20 de enero de 2024, hubiera cumplido 94 años, fue singular hasta extremos que ni ella misma llegó a sospechar y que quienes la conocimos, por trato, por cercanía y por saber de otras muchas personas como ella en esa fábrica de hombres y mujeres de excepcionales características que fueron las cuencas mineras, quizá nunca alcanzamos a valorar en toda su extensión. De Anita conocemos su imperturbabilidad ante la represión, su entereza frente a la tortura, su militancia antrifranquista y su constancia en apoyar todas aquellas luchas, grandes o pequeñas, en las que fuera necesario echar un cable para avanzar en la causa de la clase trabajadora, para tratar de hacer del mundo un lugar mejor.

Sin embargo, pasamos por alto un aspecto fundamental: la dimensión de Anita rebasa con mucho la cuenca minera o el ámbito asturiano y se proyecta mucho más allá. Hasta hace muy poco, ser parte del proletariado era sinónimo de nacer, crecer, reproducirse, envejecer y fallecer en un territorio muy concreto y muy pequeño. No había leyes que lo sancionaran, pero la clase estaba ligada a la tierra. Siempre estaba la opción de emigrar, pero el resultado era (y es) muy parecido: el final del trayecto llevaba a un lugar en el que la vida, principalmente el trabajo, volvía a anclarte a un espacio geográfico más bien pequeño.

Si se formaba parte de una comunidad obrera firmemente constituida y cerrada, como la minera, salir de ella se volvía todavía más difícil. Uno podía cambiar de barriada o de pueblo por amor o trabajo, pero no se iba muy lejos. La vida era tan sencilla como dura. Se basaba en trabajar muchas horas al día, todos los días de la semana, sin apenas tiempo ni alternativas de ocio. Si además eras mujer, la vida carecía de tiempo libre: cuidar hijos (y padres y suegros), limpiar, cocinar, coser, bajar al mercado, trabajar sin descanso... y confiar en la suerte, no tan frecuente, de dar con un marido que no fuera maltratador ni borracho o manirroto.

Añádase a ello el contexto concreto en que Anita creció: represión inmisericorde, miseria, hambre, miedo y, en su caso (que tampoco era tan raro), ni un día de escuela. Desde la más tierna infancia, trabajo, privaciones y todas las cortapisas imaginables. Un padre y un tío fugados —y al cabo muertos— en el monte, una madre presa en un campo de concentración, una casa familiar saqueada y la supervivencia como único horizonte.

Pero hubo, aun cuando era harto improbable que sucediera en una comunidad muy cerrada de una región periférica de un país pequeño, aislado y que importaba

más bien poco, personas que conocieron mundo y que, a pesar de no estar precisamente *destinadas* a ello, adquirieron fama y reconocimiento internacional. Obreras y, además, mujeres. Lo que nadie podía esperar. Empezando por ellas mismas. Anita fue una de ellas. Proyectada su figura al primer plano de la política nacional y de la opinión pública internacional a raíz de que su nombre y el de Constantina Pérez aparecieran en un manifiesto firmado por un centenar de intelectuales que sacudió a la dictadura, homenajeadas y entrevistadas centenares de veces, convertida en símbolo de la lucha de las mujeres en los tiempos más duros... Anita, que vivió casi toda su vida en una barriada obrera a pocos kilómetros de la aldea donde nació, es una figura que trasciende los espacios y los tiempos que le tocó vivir. Difícilmente se puede estar más arraigada en un lugar concreto y ser al mismo tiempo tan universal, tan cargada de sentido y de significados. La militancia la llevó al exilio en París, a un congreso clandestino en Praga; a aparecer en documentales, tesis doctorales, exposiciones e innumerables reportajes de prensa y entrevistas; a contar su vida a cuantos venían en busca de ese relato a la cocina de su casa en Lada, pero también en aulas universitarias e incluso en el Parlamento Europeo.

Tampoco resulta fácil encontrar un personaje que alcance la relevancia que ella tuvo y le otorgue menos importancia. Nunca consideró que ella fuera importante en sí misma sino como parte de una causa, de unos ideales a los que contribuyó con todas sus fuerzas, que no eran pocas. No le interesaban los homenajes más que como tribunas para apelar a mantenerse en la lucha, a defender lo conseguido a tan alto precio y no cejar en la búsqueda de mayor justicia social, para llamar a los jóvenes a tomar el relevo. Su espíritu indómito y sus ganas actuar, de no resignarse y de cambiar las cosas, no nacían de ningún impulso individualista, sino que arraigaban en proyectos colectivos. Nunca pidió nada para sí. Anita nunca fue *yo*, siempre fue *nosotros*. Las películas y las novelas suelen presentarnos a personajes que se rebelan contra un destino impuesto, rompen sus cadenas y toman las riendas de su vida para realizarse individualmente, pero la vida va por otro camino. Para Anita y muchas otras como ella, ese tipo de relato y de proyecto vital de realización personal, individual, carecía por completo de sentido. Fueron lo que fueron e hicieron lo que hicieron porque formaban parte de una clase, de una comunidad y de una lucha que daban significado a su sufrimiento, sus sacrificios y su arrojo; los motores que las hacían desafiar todos los miedos y todos los peligros, nada imaginarios sino perfectamente concretos y tangibles. En realidad, estas vidas de película han sido protagonizadas por personas enraizadas en la clase obrera que perseguían la utopía de un mundo mejor, sin explotadores y explotados, y que conforme a sus ideales y su militancia se veían envueltos en situaciones que les otorgaban notoriedad y reconocimiento no buscados, fama al precio de conocer comisarías, cárceles y exilio.

La militancia, el compromiso y las ideas, aparte de inspirar luchas que transformaron la realidad, dotaban de un significado diferente a las biografías de quienes hacían de la lucha su forma de vida. Las elevaban a otro nivel. Eran reconocidas como luchadoras, personas íntegras de quien uno se podía fiar, que no traicionarían

su causa ni la de sus compañeros y que siempre estarían dispuestas a ayudar en lo mucho y en lo poco.

Algunas, pocas, llevaban el compromiso tan dentro que todo el mundo sabía que las podían apalear y vejar, que podían romperles el tímpano a base de golpes o raparles el pelo para humillarlas, que podrían obligarlas a exiliarse, pero que ni en esas flaquearían. Jamás delatarían a un compañero, abandonarían una lucha o renunciarían a sus ideales. De ahí que se agigantaran hasta el punto de que toda su comunidad podía referirse a ellas solo por su nombre de pila, por muy común que éste fuera. Y eso, insistimos, es mucho.

A raíz de la noticia de su muerte, en los vertederos de odio que abundan en las redes no faltan haters preguntando cómo se puede homenajear a una comunista. Ciertamente se puede elegir. Y hay quien prefiere estar del lado del capitán Fernando Caro Leiva, con su camisa «chiscada de sangre» (como Anita lo recordaríamos miles de veces al relatar sus torturas en la calle Dorado de Sama en septiembre de 1963) y marcar distancias con la mujer a la que torturó. Frente a eso, ella siempre levantó el orgullo de haber sido torturada y rapada pero no doblegada. Le pudieron arrancar mechones de pelo, pero no le arrancaron ni un solo nombre. Porque «si nosotros hubiéramos hablao, hubiéramos arrastrao a mediu Langreo». Pero ni ella ni Tina les dieron a sus torturadores más que el oprobio de su cobardía y la tenacidad en preservar la memoria de aquellos hechos. Con su dignidad, evidenciaron el triste papel del ministro de Propaganda que se permitió bromear a costa de aquella «tomadura de pelo», justificándola por «las sistemáticas provocaciones de estas damas a la fuerza pública». Como ella siempre recordaba, lejos de cubrirse la cabeza con una «pañoleta» tal como les exigieron, optaron por mostrar sus cabelleras rapadas en fotografías que fueron difundidas por todo el mundo como testimonio fehaciente de la tropelía y por contar las torturas a quien quisiera oírlo, no por afán de notoriedad sino por dejar testimonio de la verdad.

A partir de ese episodio, los nombres de Tina y Anita adquirieron resonancia nacional e internacional. Estuvieron en boca de intelectuales, medios de comunicación, ambientes políticos, sindicales o instancias democráticas en general, fueron representadas por artistas y se convirtieron en denuncia viviente de la dictadura. A Anita le quedaban por delante sesenta años más de tenacidad en preservar la memoria y alentar la lucha. Allá donde hubo colectas para ayudar a presos o despedidos, piquetes para «tornar a los esquirols» arrojándoles maíz para humillarlos por su falta de hombría, encierros como los sostenidos en la catedral y en el palacio arzobispal, recogidas de firmas por la amnistía o la democracia... encontraremos a Anita. Como la encontramos arrojando su zapato de tacón a la policía, exiliada en París, viajando clandestinamente a Praga para participar en un congreso bajo la dictadura y, ya en democracia, trabajando infatigable en campañas, cocinando para las fiestas del partido, acudiendo a cuantos sitios la llamaran y recibiendo a cuantos quisieran hablar, entrando en las aulas que le estuvieron vedadas en su infancia para dar lecciones de dignidad a alumnos de colegios, institutos y universidad, personándose en la

Querrela Argentina para reclamar justicia, manifestándose en incontables ocasiones por infinidad de causas (o quizá siempre por la misma causa bajo distintos lemas). En los últimos años se materializó en marchas por las pensiones, el derecho al aborto, la memoria democrática... en las que Anita se había convertido ya en un icono que insuflaba energía a los asistentes y era motivo de orgullo para los convocantes.

Para su final dejó instrucciones muy precisas sobre la manera en que quería ser despedida: bajo una pancarta y en manifestación, tal como había vivido. Sus organizaciones de toda la vida (PCE, CC. OO., IU) se encargaron de cumplir su voluntad. El cortejo que la acompañó en ese último recorrido hasta el pozu Fondón era seguramente consciente de que despedía a un símbolo que es patrimonio de los más, de los de abajo, de los que no se resignan, de quienes anhelan un mundo más justo, de quienes anteponen las causas a los intereses y lo colectivo a lo individual, de quienes entienden que la verdadera libertad se construye conjuntamente con la de los demás.

El acopio de dignidad, coraje y generosidad que presidió toda su vida la convierte en el tipo de luchadora que Bertolt Brecht calificó de indispensable. Anita Sirgo fue un personaje descomunal y la persona era de la talla del personaje. No deberíamos llorarla sino rendirle tributo. Reconocerla en toda su magnitud y recordarla en su integridad debe hacernos mejores a todos porque cada cual puede elegir sus referentes y Anita es de los que engrandecen. Queda su memoria y no será corta.

[Rubén Vega y Héctor González: «Anita Sirgo: un lugar en el mundo», *La Nueva España*, 20/1/2024, p.4. Obituario publicado con ocasión del que hubiera sido su 94 cumpleaños]

Testimonios orales

NOMBRE	DATOS DE INTERÉS	ARCHIVO DE CONSULTA
Abella Cachero, Primitivo	Integrante y compositor del grupo Dixebra. Militante de las UJC en los años noventa.	Archivos personales de los autores
Álvarez Marrón, Nori	Hija de Celestina Marrón Llanea. Militante de la Juventud Comunista y del PCE, integrante de Juventud Norteña y de Amigos del Nalón.	Archivos personales de los autores
Andrés Braña, David	Nieto de Anita Sirgo y Alfonso Braña.	Archivos personales de los autores
Antoñana Bonfau, Carmen	Militante del PCE, IU y CC. OO.	AFOHSA
Argüelles Iglesias, Marcolina	Hija de represaliados políticos. Esposa del militante comunista Vicente Gutiérrez Solís.	AFOHSA
Barbón Barbón, Esther	Secretaria de la Unión Comarcal de CC. OO. del Nalón.	Archivos personales de los autores
Braña Sirgo, Etefvina	Hija mayor de Anita Sirgo y Alfonso Braña.	Archivos personales de los autores
Braña Sirgo, Sara	Hija menor de Anita Sirgo y Alfonso Braña.	Archivos personales de los autores
Carcedo Saavedra, Arantxa	Militante del PCA, IU y CC. OO.	Archivos personales de los autores
Castaño Díaz, Aitana	Periodista y escritora. Hija de militantes del PCE.	Archivos personales de los autores
Caunedo Domínguez, Amaya	Historiadora. Militante del PCA.	Archivos personales de los autores
Carreño Braña, Arturo	Nieto de Anita Sirgo y Alfonso Braña y militante de IU.	Archivos personales de los autores
Carreño Leal, Xurde	Bisnieto de Anita Sirgo y Alfonso Braña.	Archivos personales de los autores
Delmiro Coto, Benigno	Filólogo. Integrante de Amigos del Nalón. Militante del PCE e IU.	Archivos personales de los autores
Díaz Marrón, María Luisa	Hija de Carmen Marrón. Militante del PCE e IU y del movimiento vecinal en Lada.	Archivos personales de los autores
Díaz Solís, Gerardo Portu	Militante del PCE, IU y CC. OO.	AFOHSA
Fonseca Rodríguez, Ángeles	Militante de PCE e IU.	Archivos personales de los autores

NOMBRE	DATOS DE INTERÉS	ARCHIVO DE CONSULTA
Fuentes Concheso, Aida	Militante de JOC, USO y PSOE y del movimiento vecinal en Barredos.	AFOHSA
González Muñiz, Herminia	Militante del PCA, IU y CC. OO. Ex Secretaria de la Mujer de CC. OO.	Archivos personales de los autores
Gutiérrez Solís, Vicente	Militante del PCE e IU.	AFOHSA
Gutiérrez Gutiérrez, Erundina	Hija de los militantes comunistas Amor Gutiérrez y Manuel Gutiérrez Villa <i>Pertega</i> . Militante del PCE e IU.	Archivos personales de los autores
Jardón Carbajal, Isabel	Vecina de Lada y amiga personal de Anita Sirgo. Militante del PCE, IU y CC. OO.	Archivos personales de los autores
Leal Férrez, Noemí	Nieta política de Anita Sirgo y Alfonso Braña. Militante de CC. OO.	Archivos personales de los autores
Marrón Llana, Celestina	Militante del PCE, CC. OO. e IU.	AFOHSA y APRV
Naves Peláez, Asunción	Ex-presidenta de la Asociación Les Filanderes.	Archivos personales de los autores
Salamanca Ordiz, Silvia	Integrante del colectivo Mujeres del Carbón en Lucha (2012) y Marchas por la Dignidad. Delegada de CC. OO.	Archivos personales de los autores
Sánchez Vicente, Pilar	Historiadora y archivera. Escritora.	Archivos personales de los autores
Sirgo Suárez, Ana	Militante de PCE, IU y CC. OO.	AFOHSA, AF1°M y APRV.
Suárez Pérez, Magaly	Militante del PCE, IU y CC. OO.	Archivos personales de los autores
Szalata, Úrsula	Secretaria de Igualdad de CC. OO. de Asturias.	Archivos personales de los autores
Vallés Fernández, Daniel	Minero del pozo San Luis, de Carbones La Nueva, y vecino de La Nueva.	AFOHSA

Anita Sirgo se hizo, junto a Constantina Pérez, mundialmente famosa en 1963, cuando su nombre circuló en un manifiesto de intelectuales que denunciaba las torturas perpetradas en el transcurso de la huelga minera de ese año. Aquel sería, no obstante, tan solo uno de los episodios, entre muchos, que jalonan su vida militante. Niña de la guerra evacuada a Cataluña en 1937 y acogida tras el final de la contienda por unos parientes, mientras su padre permanecía en el monte y su madre en un campo de concentración, la dura supervivencia la privó de escuela y la hizo desempeñar múltiples trabajos. Involucrada desde muy joven en el apoyo a los guerrilleros, comparte luego militancia comunista con su marido, Alfonso Braña.

Muy activa en el apoyo a huelgas, la recogida de solidaridad con represaliados y todo tipo de movilizaciones, durante la dictadura formó parte de piquetes de mujeres, recogió víveres y ayudas para presos políticos, deportados y despedidos, se entrevistó con autoridades civiles y eclesiásticas, recogió firmas por la amnistía, se encerró en la catedral de Oviedo y en el Palacio Arzobispal, repartió propaganda, acogió dirigentes clandestinos en su casa. Fue torturada y rapada durante la huelga de 1963. Sufrió prisión y pasó algún tiempo exiliada, siempre para reincorporarse de inmediato a la lucha. Hasta el final de su vida siguió militando en las mismas causas y también en el impulso de la memoria democrática.

Paralelamente, el paso del tiempo la ha erigido en un referente de compromiso, lucha y dignidad para las nuevas generaciones de militantes comunistas, pero también y en buena medida, del feminismo asturiano, que en los últimos años ha integrado la tradición obrera que representa Anita en su agenda reivindicativa.

